OVEJA NEGRA, OVEJA BLANCA: EL CASO TAVOLINI

Una hipótesis para empezar a trabajar esto que puede ser un caso:
Admiración → obsesión → persecución
Imitación → identificación
Pero esta hipótesis sería la de un psicoanalista o un psiquiatra (no uno muy bueno tal vez, pero en fin) y se supone que estoy escribiendo desde y sobre algo vinculado al arte.
De alguna manera esta primera hipótesis también es aplicable a muchas operaciones y a muchos operadores (no sólo artistas) en el campo del arte.

En el principio eran los peluches.
(Creo que me he ido del discurso –del modo discursivo, del tipo proposicional– que había iniciado este texto hacia otro, vinculado a ese tipo de afirmación que no permite la duda porque es del orden de la revelación y que remite a textos de fe)
Pero esos peluches devinieron –más tarde o más temprano– en un único y recurrente tipo de peluche.
[Al leer peluche, se sabe inmediatamente que el término remite a esa construcción que representa animalitos hechos de tal modo que provocan ternura –eso era antes del caso que nos ocupa]
"Único tipo de peluche" está muy lejos de significar que nuestra artista (perdón, no la he presentado: Alejandra Tavolini, artista rosarina y el caso que estamos tratando) trabaja un tipo de representación animal excluyente –como por ejemplo ositos, lo que sería típico hablando de peluches–, significa que en un momento de su carrera decidió que los únicos animales a los que se iba a dedicar eran los que Damien Hirst usaba en sus propias producciones.
Ya sé, ya sé.
Creerán que es algo un tanto delirante, no ya el hacerlos, sino simplemente la comparación entre ambos tipos de objetos. En todo caso traten de decírselo a nuestra autora.
El hecho es que Tavolini fue logrando que sus peluches se posicionaran como tales en el mundo del arte y eso a partir tanto del objeto mismo como de la mímica del otro –mímica imposible desde el vamos, incluso si estos peluches resultan encerrados en una especie de peceras que contienen formol, imitando la operación que Hirst lleva a cabo con sus animales embalsamados.

Entonces.
En un momento de iluminación, de revelación o de delirio persecutorio (quién puede saberlo), nuestra artista decide que siendo una hermana menor latinoamericana de Damien, él tenía que llegar a conocerla y que seguramente la aceptaría como tal inmediatamente, al ver que la producción de Tavolini y la suya eran algo así como siameses separados al nacer (en el Reino Unido uno y en Argentina la otra).

Allí estamos.
Éste es el punto en el que nos encontramos.
Esto es lo que me tiene en esta situación incierta en la que intento elaborar hipótesis para poder asirlo de alguna manera.
Sin embargo.
Algo allí me atrae y me arrastra.
Algo en esto me aleja de ese pensamiento que intenta dar cuenta y me lleva consigo, me traslada a un universo en que lo delirante, lo ridículo es tratar de ponerle una forma tranquilizadora a eso que no puede tenerla.
Algo ahí.
Algo que no puede ser puesto en un discurso que lo abarque y lo agote, me lleva hacia su vórtice y lo único que puedo hacer es intentar seguirlo.
La meta que Tavolini se propuso y el modo en que intenta llevarla a cabo dan por tierra con cualquier intento de interpretación.
Tal vez nunca lo consiga.
Tal vez –justamente– ese sea su éxito (de un modo similar al que he planteado respecto del coyote y su intento de atrapar al correcaminos)[1].
Tal vez, simplemente, eso que no se puede poner en discurso sea la posibilidad de ver (y quizás pensar) que la locura –que la caida, la catástrofe del sentido– no sea otra cosa que su propiación desde el lugar en que lo imposible puede tener lugar: el arte.

Roberto Echen

1 Ver **El arte del coyote**, http://www.rechen.com/coyote.html